



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Trabajo Integrador Final

La agresividad en el lazo social
(Ensayo)

Autor: Francisco de la Fuente

Legajo: D-5377/5

Docente responsable: Psi. Nahuel Castillo

Año 2025

Índice

Resumen.....	2
Introducción.....	3
Desarrollo.....	6
Las polaridades del amor y algunos de sus efectos en el lazo social.....	6
La ilusión de la comunidad neoliberal: algunos efectos de desconocimientos en la construcción del lazo social.....	7
El núcleo de la posición neoliberal: el narcisismo.....	9
Conclusiones.....	10
La banalidad del mal vs el reconocimiento del mal.....	10
Referencias Bibliográficas.....	12

Resumen:

Este ensayo indaga el rol de la agresividad en el lazo social, analizando específicamente los efectos de la pulsión agresiva en el modelo neoliberal. Se sostiene como premisa del trabajo que el neoliberalismo se basa en el desconocimiento ilusorio de las tendencias agresivas, lo que implica, indirectamente; como consecuencia, un desconocimiento del otro semejante.

Así, se articulan dos grandes puntos que permiten argumentar este enunciado: la pulsión de agresividad estudiada tanto desde la indiferencia como el desconocimiento del otro en el fenómeno nazi y la ilusión en la que se funda el discurso neoliberal, teniendo al narcisismo como núcleo de las ilusiones. Por último, se concluye con el rol de los profesionales de la salud mental frente a estos desafíos proponiendo, como alternativa a la indiferencia/desconocimiento, una escucha que rompe la ilusión y da paso a la contradicción que nos habita para encontrar, desde allí, diferentes alternativas.

Palabras clave: Neoliberalismo, Agresividad, Ilusión, Psicoanálisis, Lazo Social.

Introducción

'Guerra de paisanos' es el nombre que en El Bolsón, provincia de Río Negro, se le ha dado al fenómeno social que se produce cuando dos jóvenes de distintas familias sostienen relaciones agresivas fundadas no en vivencias propias, sino en conflictos vividos por sus abuelos. Creemos que esta es una versión del dicho popular: 'pueblo chico infierno grande', y nos permite pensar ¿los impulsos agresivos, que implican el reconocimiento del otro como adversario o rival, se encuentran presentes en los entramados constitutivos de una comunidad? ¿Cuáles son algunos de los efectos de reconocimientos que surgen por esta vía? Y entonces ¿la agresividad cumple algún rol en el lazo social, es decir, en la constitución de una comunidad y los lugares que los participantes ocupan en esta?. Ahora bien, en el marco de una avanzada del neoliberalismo en el mundo, con su premisa de que el desarrollo económico individual es la herramienta óptima para lograr el bienestar colectivo- promoviendo una ilusión de 'el sujeto meritorio'-, constatamos que se acrecienta la justificación del ejercicio de la agresividad, bajo una forma más sutil como 'banalidad del mal'.

Así resaltamos la idea de 'individualidad' promovida por el discurso neoliberal, que pasa por alto el hecho evidente de que las relaciones humanas se fundamentan en base a variables mucho más complejas que el contrato legal de beneficio mutuo. La premisa de que el intercambio voluntario de bienes y servicios es el motivo que construye comunidades y relaciones implica el desconocimiento del otro como semejante y los efectos que este tiene sobre los fenómenos pulsionales, muchas veces impulsando conductas netamente agresivas como un fin en sí mismas. La premisa de la relación contractual immaculada promueve una legalidad, sostenida en una moral del 'libre comercio', que excluye dichas peripecias en su propuesta. Esto lleva a un desconocimiento del otro par, ya que se difuminan los códigos de la rivalidad, las treguas y el reconocimiento necesario para sostener la figura del adversario. Para esta legalidad el otro se convierte simplemente en un actor individual aislado, cuyo destino sólo responde a la capacidad productiva que pueda demostrar... Entonces, ¿qué efecto puede tener el 'desconocimiento' deliberado de las pulsiones, llamadas de destrucción, en el lazo social?

Freud (2008a), en "El malestar en la cultura", plantea que existe un sufrimiento del ser humano inherente a formar parte de la cultura, entendida esta última como toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida con la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre las personas. En el segundo y tercer capítulo de este libro, el autor se refiere a tres fuentes del sufrimiento para el ser humano en la cultura: el primero es desde el cuerpo propio, por su fragilidad, "que destinado a la ruina y a la disolución, no puede prescindir del dolor y de la angustia como señales de alarma" (p. 76). La segunda fuente es la hiperpotencia de la naturaleza, "desde el mundo exterior, que puede abatir sus fuerzas sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras" (p. 76), y la tercera fuente es la relación con otros seres humanos, es decir el lazo social.

Al padecer que viene de esta fuente lo sentimos tal vez más doloroso que a cualquier otro; nos inclinamos a verlo como un suplemento en cierto modo superfluo, aunque acaso no sea menos inevitable ni obra de un destino menos fatal que el padecer de otro origen. (Freud, 2008a, p. 77)

El autor plantea que sobre las dos primeras fuentes del sufrimiento no hay mucho para decir y que son inevitables porque, por un lado, nunca vamos a llegar a dominar la naturaleza completamente y, por otro lado, nuestro organismo va a ser siempre algo perecedero y limitado. Sin embargo, es optimista y dice que esto no tiene un efecto inhibitorio, sino que motiva el camino a nuestra actividad.

Por el contrario, se refiere a la tercera fuente de sufrimiento como la que más cuesta aceptar: el problema es que, por sentido común, no podemos entender cómo las normas, leyes y reglas que entre nosotros establecimos no logran protegernos y beneficiarnos a todos. Entonces, al referirnos a las penurias que proceden de ahí, siguiendo a Freud (2008a), esa fuente de malestar irresoluble que genera el lazo social, se origina en una parte inherente a la naturaleza de nuestra complejidad psíquica.

Freud (2008) va a plantear más adelante en el texto que lo que fundamentalmente pone en tensión el lazo entre los hombres es la agresividad, entendida como parte inherente al ingreso a la cultura. Para pensar las consecuencias de esto en el discurso del neoliberalismo de nuestra época podemos referirnos al eslogan de campaña del presidente electo de la Argentina, Javier Milei, en el año 2023: “El liberalismo es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo, basado en el principio de no agresión y en defensa del derecho a la vida, a la libertad y a la propiedad”. La definición del proyecto político neoliberal es hermosa pero inaplicable, ya que desconoce las tensiones conflictivas inherentes al lazo social que mencionamos previamente. Ese punto ciego del planteo liberal es lo que se trabaja en el libro “Dolor País y después...” de Silvia Bleichmar donde realiza un análisis de las consecuencias del neoliberalismo (el capitalismo salvaje) en el lazo social de los argentinos.

La sectorialización, la descomposición de la noción de conjunto, la fractura de las obligaciones hacia el semejante y de los nexos de solidaridad y composición han producido un extrañamiento en el cual, no solo la vida humana ha perdido valor, sino, a su vez, toda noción de proyecto conjunto (Bleichmar, 2007, p.22)

Además, Bleichmar (2007) se refiere a la agresividad diferenciándola del sadismo y de la crueldad de la siguiente manera: la agresividad es la respuesta con la que el yo se enfrenta a la resistencia que opone el yo del otro para el ejercicio de la voluntad propia, e implica por ello el reconocimiento de ese otro como un par, como semejante. Por otro lado, el sadismo es efecto del placer que alguien puede sentir de producir dolor sin que se juegue en ello un reconocimiento de la subjetividad del otro. Y la crueldad es, por su parte, un punto medio entre ambos, en el cual se reconoce el carácter subjetivo del otro y se intenta la demolición del mismo por medio del dolor que se le inflige, siendo la tortura su paradigma. Pero la autora trabaja aún más:

Hay sin embargo un modo de operar que no es intrínsecamente sádico, ni agresivo, ni cruel, y que es todo eso, sin embargo, por sus efectos. La acción no se sostiene en el intento de demoler al otro sino en el desconocimiento liso y llano de su existencia, en la ausencia de todo reconocimiento de lo que se produce en el otro como semejante, en la desarticulación de toda empatía. El capitalismo salvaje, el llamado neoliberalismo, organizó su modo de desmantelamiento y aniquilación regido simplemente por plantillas y computadoras, y sus funcionarios ejercieron la banalidad del mal desde los planes gubernamentales y los directivos de cada empresa repitieron la acción racional de desprenderse del lastre. [...] La banalidad del mal es la indiferencia, la posibilidad de ejercicio de una acción de destrucción sin la menor compasión por que la víctima ha dejado de ser nuestro semejante. Y es eso lo que se intentó producir en la Argentina en los últimos diez años: la convicción de que no había otro camino que tirar al río a la mitad de la población, para que se salvaran los que lograban sobrevivir. (Bleichmar, 2007, pp. 38-39).

En este sentido, el problema que pretende abordar este ensayo es la primacía del desconocimiento del otro y la consecuente descomposición del lazo social en el marco del neoliberalismo.

Para abordar este problema utilizaremos los siguientes ejes de análisis: por un lado, el lugar que ocupa el otro, que también se puede llamar semejante o prójimo. Freud (2008a) se refiere al prójimo en relación a la agresividad de la siguiente manera: el prójimo no sólo es un posible auxiliar y objeto sexual, sino que existe una propensión para satisfacer en él la agresividad, por ejemplo, explotar su fuerza de trabajo sin pagarle, martirizarlo, infligirle dolores, hasta asesinarlo. Con “el hombre es el lobo del hombre” Freud cita a Hobbes para referir esto y dice que la cultura puja por exigirle a sus miembros una renuncia pulsional a esa tendencia agresiva, pero que falla en eso; digamos que el peligro de disolución en el que se encuentra la cultura se refiere a esa falla y que de ahí proviene el mandamiento “amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Freud dice algo muy interesante: la competencia y la lucha son inherentes al lazo social, pero que no es lo mismo la condición de oponente que de enemigo.

Bleichmar (2007) plantea que el desconocimiento del otro es potenciado debido a que el liberalismo es una perspectiva que ignora el aspecto agresivo inherente al lazo social, esto posibilita ‘desentenderse’ frente a una situación de explotación que tenga que atravesar un

semejante. En su libro *Dolor País y Después* hace mención al modismo de clasificar la sociedad entre winners y losers, instaurando una diferenciación que mediante el uso lingüístico deriva hacia las víctimas la responsabilidad de su marginalización y desamparo, lo cual busca justificar el disfrute de algunos frente al malestar de tantos. Los perdedores son ineptos con deficiencias morales, falta de iniciativa, voluntad o capacidad de aprovechar las oportunidades que otorga el mercado.

Y, por otro lado, se analizarán los efectos de la agresividad y el desconocimiento del otro en el lazo social en el marco del neoliberalismo. Bleichmar parafrasea a Hannah Arendt en su descripción de la banalidad del mal para hablar de esta forma particular de operar:

(...) el hecho de que cualquier burócrata podía llevar, durante la Segunda Guerra Mundial, plantillas con números de exterminio, racionalizaban recursos, decidían la forma de la muerte a partir de una medición de costos materiales y efectos buscados. No hay en el que actúa necesariamente deseo de destrucción, agresividad, sadismo, crueldad, como formas subjetivas del placer. Simplemente hay una falla en la capacidad de reconocer la significación de la acción –no su sentido–, reconocer el hecho de que se están destruyendo seres humanos en toda la dimensión moral que esto tiene, de darse cuenta de que aquello que se destruye, se gasea, se quema, se aniquila, es “alguien”, y no simplemente un número en una planilla, una cualidad de lo imprescindible o lo desechable. (Bleichmar, 2007, pp. 38-39)

Como se mencionó previamente, la agresividad es inherente al lazo social pero el neoliberalismo, en sus fundamentos, la rechaza, la desconoce. El neoliberalismo en sus prácticas genera un sistema de valores en el que “uno no gana porque vale, vale porque gana” creando un modelo en el cual lo único importante es insertarse en la parte superior de la pirámide (cuya base es cada vez más amplia y su cúspide cada vez más pequeña).

Creemos que la propuesta idealista de la ‘complementariedad’ de los proyectos individuales, fundamentada en la lógica y la razón de los sujetos como modelo de organización es, por omisión, un rechazo de la agresividad inherente a toda relación con el otro. Esto retorna, a su vez, como desconocimiento del semejante en el lazo social, justificando la caída de los mismos a condiciones miserables de existencia, no porque haya motivos profundamente humanos que los empujen allí, sino por su pura ausencia de responsabilidad y voluntad de aporte al ‘proyecto mercantil’.

Es responsabilidad de quienes estudiamos los motivos del actuar humano reconocer y dar lugar a las conductas agresivas y sádicas inherentes a la especie, para así fomentar la construcción de cauces que alojen a las mismas. Esto posibilita la creación de formas menos nocivas, apuntando a evitar ideologías impulsadas por concepciones idealistas que no consideren la existencia del otro en ‘su humanidad’.

Desarrollo

Las polaridades del amor y algunos de sus efectos en el lazo social

Comenzaremos por deslindar lo propio del ser humano para poder abordar el hecho de que la agresividad, en él, tiene un color diferente al resto de las especies. Esto nos permitirá, también, sostener que sobre esta particularidad el capitalismo se apuntala para explotar su desarrollo.

La novedad que introduce Freud (1979) es que somos seres pulsionales en tanto desde que nacemos estamos vinculados a otro, el cual de entrada es objeto de la pulsión, ambivalente desde el comienzo, despertando tanto afectos de amor como de odio. La pulsión también tiene una fuente, la cual es siempre es un órgano del cuerpo que funciona de una manera erógena. Esto último implica la capacidad de cualquier parte del cuerpo de comportarse como una zona genital, hincharse e irritarse, generando estimulación por lo que llama a un impulso que demanda ser descargado por medio de una actividad que recorre un objeto el cual le permite realizarla). El autor nos aclara que este objeto no nace con la pulsión, sino que se fija a ella por medio de satisfacciones -disminución de tensiones-, por lo que puede deslizarse y variar.

Además, plantea que sobre el objeto recae toda la posibilidad de la meta de la pulsión, si bien esta es siempre la satisfacción, el encuentro con el principio de realidad, por medio de la cultura, genera en las pulsiones diferentes destinos. Entre ellos encontramos el trastorno hacia lo contrario, donde el autor nos habla de la existencia del odio hacia el objeto como una de las oposiciones del amar. Y suma, como otra oposición, la indiferencia que incluso es más opuesta al amor que el odio, ya que ubica una sutileza en cuanto al destino pulsional, que le permite pasar mucho más desapercibida en los vínculos.

En cuanto al odio el autor relata que es aún más antiguo que el amor en la relación con el objeto y que coincide en cierto punto con la indiferencia en distintos momentos de la formación narcisista del yo, en contraposición con un no-yo; ya que “lo exterior, el objeto, lo odiado, habrían sido idénticos al principio. Y si más tarde el objeto se revela como fuente de placer, entonces es amado, pero también incorporado al yo, de suerte que para el yo-placer purificado el objeto coincide nuevamente con lo ajeno y lo odiado” (Freud, 1979, p. 131).

Podemos pensar que esto implica el reconocimiento del otro como semejante, en tanto es fuente de placer y objeto de amor, pero a su vez diferente ya que no es parte del yo y puede dar o no dar amor/odio/placer. Esto abre entonces dos vías, una donde pulsionalmente nos enlazamos al otro como semejante, desde el amor/odio como fuente de placer/displacer y otra donde podemos volvernos indiferentes a la presencia de este otro entendiéndolo como “ajeno a mí”. Ahí es donde la competencia salvaje capitalista inserta sus garras, basándose en la ilusión de un individualismo en donde lo que ‘yo’ hago no tiene que ver con lo que ‘le’ hago a otro.

Sin embargo, el punto que queremos abordar aquí es que el yo solo existe por esta diferencia pulsional y ambivalente con el otro y que esta in-diferencia hacia él, es también un vínculo libidinal, imposible sin un otro que lo sostenga.

Podemos encontrar un ejemplo de este mecanismo con lo planteado por la filósofa alemana Hanna Arendt (2003) al investigar el fenómeno político que fue el genocidio del pueblo judío llevado a cabo en la Alemania nazi. La autora llega a la conclusión de que la gran mayoría de los actores que impulsaron la aniquilación de 6 millones de seres humanos no fueron unos monstruos inundados de odio; sino más bien, personas normales, corrientes, hasta sanas que simplemente fueron llevadas a ocupar posiciones que promovían la dualidad amor-odio/indiferencia.

En “Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal” Arendt (2003) ofrece un detallado análisis del juicio de Adolf Eichmann, uno de los principales burócratas a cargo de llevar a cabo la infame ‘solución final’ que sistematizó el intento de exterminio del pueblo judío. Y atentando contra todo sentido común, su investigación histórica la lleva a sostener que el acusado no fue un monstruo lleno de maldad, sino un hombre ordinario, prácticamente inofensivo, quien simplemente se preocupó de ser lo más eficiente posible en la ejecución de sus tareas que se le encargaban para lograr ascender en la pirámide burocrática y que, a pesar de sus intenciones, nunca llegó a mucho.

Podríamos decir que Eichman, absorbo en su propia novela singular, no contemplaba

las consecuencias de sus acciones. Cabe suponer entonces que dicha irreflexión no se encuentra muy alejada de la indiferencia. La autora cierra su comentario afirmando que una de las principales lecciones que dejó el juicio fue que tal alejamiento de la realidad, tal irreflexión puede causar más daño que todos los “malos instintos inherentes a la naturaleza humana” (p. 171)

Sostenemos que este análisis permite claramente distinguir los efectos que puede producir la ‘indiferencia/irreflexión’ en el lazo con otro. Esto se relaciona con lo mencionado previamente respecto a las polaridades que pueden tomar el odio y el amor. Nos encontramos así frente a un hecho que nos permite pensar las diferentes posiciones involucradas en la relación con el otro y los efectos de éstas.

En cuanto a la polaridad amar/odiar, la dimensión del otro ingresa por la vía del placer-amor displacer-odio: en ese caso, aquel con quien me relaciono es tomado como objeto que puede darme satisfacciones o generarme malestares. Allí la ambivalencia se encuentra en que un mismo objeto puede generar, al mismo tiempo, estos afectos diferentes. Sin embargo, el reconocimiento del otro como semejante requiere el enlace de esta oposición con la otra que es amar/ser amado; nos interesa aquí reflexionar acerca de cómo ésta impacta en el reconocimiento del otro como semejante y diferente a la vez. Un otro que está separado de mí, pero que puede darme satisfacciones o privarme de ellas, implica el reconocimiento de éste en cuanto a sus particularidades, sus gustos, tiempos, etc.

Es allí donde el odio puede ser al menos acotado, ya que al reconocer al otro reconozco mi posición con respecto a él y la suya con respecto a mí. De esta manera, encuentro lugares que me permite formar mis posiciones dentro de las diferentes relaciones que construyo, desde las cuales voy a disfrutar o sufrir los beneficios y las consecuencias que las rodean.

La ilusión de la comunidad neoliberal: algunos efectos de desconocimientos en la construcción del lazo social.

Como ya hemos anticipado, el discurso neoliberal se fundamenta en una ilusión promotora del desconocimiento de la agresión y la violencia inherentes al lazo social. Este discurso se apuntala en algunos pensadores precursores de distintas esferas de la sociedad, quienes consideran que los proyectos de libre comercio potenciarían una cohesión social óptima.

Uno de ellos es Emile Durkheim (2013), quien entendía que las sociedades industrializadas promueven lazos de solidaridad basándose en un principio de complementariedad entre la sumatoria de actividades necesarias para la supervivencia, potenciando de esta manera una ‘solidaridad orgánica’ que vincula de forma armónica a quienes realizan actividades diferentes. Se trata de una analogía organicista, que piensa a la sociedad como un sistema de órganos ordenados jerárquicamente, donde las posiciones de poder las ocupan quienes son los más óptimos para dirigir -determinado esto por su especialización-, pero todos se relacionan y se necesitan para poder llevar a cabo su tarea - como una célula en un tejido orgánico-.

Creemos que esto se sostiene sobre la creencia de ‘personas de bien, ascéticas’, que solo ocupan un lugar según su esfuerzo y su mérito; vale decir que son ilusiones basadas en el ‘desconocimiento’ de la existencia del odio -más allá de cualquier evidencia empírica que pueda surgir de la vida cotidiana-. Por ello comencemos aproximándonos al concepto de ilusión y sus los efectos.

Puede calificarse de ilusión la tesis de ciertos nacionalistas, para quienes los indogermanos serían la única raza apta para la cultura, así como la creencia —sólo destruida por el psicoanálisis— de que el niño carecería de sexualidad. Lo característico de la ilusión es que siempre deriva de deseos humanos; en este aspecto se aproxima a la idea delirante de la psiquiatría, si bien tampoco se identifica con ella, aun si prescindimos del complejo edificio de la idea delirante. Destacamos como lo esencial en esta última su contradicción con la realidad efectiva; en cambio, la ilusión no necesariamente es falsa, vale decir, irrealizable o contradictoria con la realidad. (Freud, 2008b, p.31).

Podemos decir, entonces, que la ilusión juega con los sesgos y desde allí se sostiene. Ahora bien, antes de adentrarnos en el concepto de ilusión, veamos primero por qué creemos

que el discurso neoliberal, promueve ilusiones. Para ello seguimos a Foucault (año) quien plantea la idea de 'homo economicus' analizando la diferencia entre los postulados del liberalismo clásico y del neoliberalismo, diciendo que los promotores del último aplican análisis economicistas a ámbitos que 'no tienen nada que ver' con el mercado -como el matrimonio, la educación o la criminalidad- *generalizando* el objeto económico:

Hasta la inclusión de toda conducta que utilice medios limitados a un fin entre otros fines. Y llegamos a esto: acaso el objeto del análisis económico debe identificarse con toda conducta finalista que implique, en líneas generales, una elección estratégica de medios, vías e instrumentos; en suma, identificación del objeto del análisis económico con toda conducta racional. (Foucault, 1978, p. 2).

Se propone así, la emergencia de un sujeto como un 'átomo aislado libre' que siempre opera de manera 'racional' y acorde a maximizar su rédito personal. Y según las leyes de la teoría económica, esto promovería la riqueza y el bienestar del conjunto. Se instala entonces la creencia de que si cada quien sigue su propio interés, perseverando en él hasta el final, generaría una dinámica en donde los beneficios se distribuirán en el conjunto de la comunidad, fortaleciendo y enriqueciendo la misma y también a quienes comercien con esta (Foucault, 1978).

El autor advierte que el accionar del sujeto de interés implica una mecánica egoísta, sin embargo, desde la teoría económica se postula -ilusoriamente- que de forma espontánea la voluntad de cada sujeto va a coincidir con la voluntad de la comunidad, promoviendo el mayor bienestar general posible.

Estas ilusiones funcionan entonces como 'cantos de sirenas' en donde se silencia el hecho ya mencionado de que el ser humano está habitado por la ambivalencia de manera constitutiva.

Entonces, si es algo constitutivo que además experimentamos diariamente, ¿por qué crear la ilusión de que es posible no sentir odio y solo responder a intereses económicos propios que repercutirían potenciando los intereses de la comunidad, cuando es muy fácil derribar este argumento desde la razón?

Para responder a este interrogante recurriremos nuevamente a Freud (2008b), quien estudiando diferentes discursos que se sostienen más allá de su aceptación racional plantea que existe en éstos una fuerza interna que hace referencia a representaciones psíquicas que se sostienen en ilusiones que se basan en "cumplimientos de los deseos más antiguos, más intensos, más urgentes de la humanidad; el secreto de su fuerza es la fuerza de estos deseos". (p. 30).

Estos deseos tienen un proceso que los comanda, no están sueltos en la psiquis, sin embargo su legalidad no coincide con la racional consciente. El autor nos expresa que lo que comienza regulando al psiquismo no es la razón sino el placer. Y es desde allí que la razón que se asienta en la construcción de una realidad 'compartida racionalmente' se construye desde otro principio anterior, que se dilucida según lo placentero o displacentero para el yo (Freud, 2008b).

¿Y por qué nos hacemos ilusiones? Como lo sostiene el autor, el desvalimiento y la necesidad de protección con la que nacemos provoca desde el comienzo en nuestro psiquismo una impresión terrorífica, lo cual lleva a la búsqueda de protección por amor, proveída por el padre o quien haga las veces de éste. Esto nos interesa ya que aquí Freud está analizando la génesis psíquica de las representaciones religiosas que no se sustentan en la experiencia ni en la razón. Entendemos que esto da paso a muchas de las ilusiones sobre las que se apuntala el neoliberalismo.

Entonces cabe la incógnita siguiente: ¿por qué persisten estas ilusiones con tanta fuerza y tenacidad en el psiquismo de un adulto? Creemos que esto se debe a la formación de ideales que responden a un recordatorio de la endeblez y el desvalimiento del yo, ya que como lo plantea Freud (1992a), el superyó -ideal del yo- debe su posición particular dentro del yo porque surge de una identificación inicial, ocurrida cuando el yo era todavía endeble; y se fortalece con los rasgos históricos provenientes del complejo de Edipo. Lo que le permite sostener al primero su carácter de origen, proveniente del complejo paterno, y esto provee la

facultad de contraponerse al yo y dominarlo. Es el monumento recordatorio de la endeblez y dependencia en que el yo se encontró en el pasado, y mantiene su imperio aun sobre el yo maduro. Así como el niño estaba compelido a obedecer a sus progenitores, de la misma manera el yo se somete al imperativo categórico de su superyó.

Así es como los diferentes 'cantos de sirenas' que en la antigüedad sostenían culturas enteras con diferentes representantes del padre -dioses, faraones, etc-, hoy funcionan y se actualizan nuevamente en instituciones que sostienen la hegemonía del neoliberalismo. Podemos decir entonces que cambian las metáforas pero no las posiciones de sometimiento ante la angustia del desvalimiento primordial.

Con esto no queremos ir 'en contra' de las ilusiones, ya que estas se sostienen en ideales que pueden funcionar como potenciadores del deseo pero también como aplastantes y mortíferos. Allí es donde creemos que nuestro trabajo cobra relevancia.

El núcleo de la posición neoliberal: el narcisismo.

Los dos efectos previamente mencionados -la descarga de las tendencias agresivas hacia el semejante y la creación de ilusiones acordes- parten de un núcleo central que es sostenido por un ideal que proponemos llamar 'narcisista', ya que Freud (1992b) plantea que el narcisismo primario se asienta sobre la base de '*his majesty the baby*', es decir el depositario de todas las perfecciones más valiosas. Relata que éste es un ideal sostenido por el narcisismo redivivo de los padres, volcado en el niño. Ahora bien, expresa que este bebé no debería estar enfrentado a los malestares que asedian a los seres humanos: la muerte, la enfermedad y también podríamos agregar la agresión.

Sostenerse en el lugar de 'yo ideal' no es posible en tanto expresa un exceso de cantidad de energía pulsional; sin embargo; allí el autor expresa que no se pierde tan fácilmente una posición libidinal, por tanto al abandonar la forma del yo ideal, se crea una 'nueva forma' que es el ideal del yo: como aquel ideal al que el yo aspira y no como aquel que 'es'. Sostenemos que el neoliberalismo explota este ideal del yo basado en la idea de 'las perfecciones' donde el desconocimiento de la agresividad permite dibujar una ilusión en la que los seres humanos se dedicarían al comercio -persiguiendo sus propios intereses moviéndose solo desde el amor, sin ser influenciados en lo más mínimo por tendencias agresivas hacia sus semejantes. Creemos que así se crea una nueva versión de 'su majestad el bebé' -ya adulto- como un 'buen hombre de negocios', que al perseguir objetivos individuales logra por dicha acción que los mismos automáticamente sumen a los intereses de la comunidad en la que habita.

Esto posibilita que el desconocimiento del otro y toda la agresividad que éste pueda desplegar quede silenciada, negada, no nombrada. Y sabemos, psicoanalíticamente hablando, que aquello que no es dicho retorna en actos (Freud, 1991b), ¿Pero por qué este ideal funciona y 'somete' a grandes masas hoy en día? Freud (1992c) plantea que en la formación de una masa existe un doble lazo libidinal, aquel que une por un lado a los miembros de una masa y por el otro los refugia en una identificación con un líder en común; este líder está ubicado en el lugar de sustituto del padre primordial. Es así como se explica que en la masa las inhibiciones no sean tan fuertes y se deje paso a una mayor cantidad de expresiones pulsionales, lo cual permite mayor satisfacción pero conlleva mayores consecuencias cuando a la postre nos encontramos con el principio de realidad. Sostenemos que este líder puede ser una persona física o un ideal, ya que ocupa el lugar de objeto pulsional y Freud (1992d) nos expresa que la libido puede volcarse tanto a un objeto como a una abstracción que haga sus veces, es decir algún 'ideal'. Creemos, entonces, que en el caso del neoliberalismo este ideal es el 'libre mercado' como padre de 'buenos hombres de negocios' que permitiría sostener una sociedad cohesionada donde la riqueza abunde y se distribuya.

CONCLUSIONES

La banalidad del mal vs el reconocimiento del mal

Hemos abordado el principal ideal de nuestra época, como ejemplo para observar qué tipo de posiciones los profesionales de salud mental podemos encontrar en quien recurra a nuestra consulta y nuestra responsabilidad ética de no entregarnos a dichos 'cantos de sirena' que desconocen la inherente dificultad de la subjetividad humana. Nuestros vínculos, proyectos e intereses encuentran la fuente de su empuje siempre en una ambivalencia pulsional que mezcla en diversas y flexibles proporciones el odio y el amor.

De ahí es que creemos que un sujeto sometido a cualquier tipo ideal de ésta índole - ya que dicha cosa no existe pero si lo hiciera- se encontraría terriblemente inmovilizado, habitando en un profundo malestar. El neoliberalismo es, evidentemente, el macro discurso de nuestra época y entregarse de lleno a su llamado crea un sesgo frente a las fallas inherentes al sistema, causadas por la incompletud propia de la constitución subjetiva, que ya planteamos como importante de reconocer.

Esto da paso a una lógica 'resultadista maquiavélica' que al estar basada en una ilusión sesgada- deja desarrollarse una plétora de fenómenos propios de la crueldad, como por ejemplo, la constitución de carteles, conflictos de intereses en áreas fundamentales como la medicina y la salud, desde operaciones falsas a manos de los profesionales hasta carteles farmacéuticos que influyen el destino de países enteros.

Así, apelar a la posibilidad de una realidad libre de agresión entre semejantes es un ídolo que suena hermoso para el ideal del yo e interpela a cualquier sujeto inmerso en la cultura. Pero la realidad -fáctica, histórica, científica y pulsional- indica a gritos otra cosa. Ya que los seres humanos no somos criaturas que encajen armónicamente en una estructura social al servicio de la misma. Cargamos con una inherente cuota de agresión, la cual no tiene objeto -aunque se adosa a ellos- ni motivo específico más que ser descargada.

Entonces cabe preguntarnos ¿Qué podemos hacer los profesionales de salud mental respecto a esto? En principio darle lugar a su palabra y a su escucha, es decir sostenerse desde el reconocimiento de la incómoda verdad de la existencia de la agresividad, en una cultura que aspira a refugiarse en el confort defensivo del desconocimiento soportado por una ilusión que lo sostiene.

Pero¿ no sería eso una apología a la violencia y la brutalidad? Sabemos que no, ya que la pulsión de agresividad no se encuentra sola, sino acompañada siempre del empuje del amor y si ambas pueden ser reconocidas -la gran mayoría de las veces- se potencia el compromiso entre éstas.

Nos gustaría por último retomar el trabajo que hicimos con Arendt (2003) y el caso del burócrata nazi que, según la autora, nada sabía sobre violencia ni agresividad, pero que sin embargo se encargó de ejecutar la logística necesaria para llevar a cabo el holocausto. El argumento de Arendt es que Eichmann era un hombre que palidecía ante la más mínima agresión, un cobarde incapaz de ejercer ningún tipo de violencia. Y que el terror que llevo a cabo se apalancó en la mecánica de desconocimiento ofrecida por el sistema político asentado en el ideal Nazi.

En una extrapolación anecdótica, que no busca ser más argumento que el necesario para justificar una pregunta, podemos pensar en la figura de otro nazi famoso, Erwin Rommel, 'el zorro del desierto'; quien fue un general de élite del régimen, tal vez el más efectivo de todos en lo que respecta a victorias militares. Pero quien durante el transcurso de la guerra fue distanciándose cada vez más de la figura de 'el führer' y el régimen en general, al punto de formar parte de un atentado contra Hitler. Sus motivos se asentaban en un desacuerdo sobre las órdenes de 'guerra total' y de tomar prisioneros; así, desacató mandatos amparándose en los códigos de guerra internacional, alimentó, proveyó medicina y respetó los derechos de los prisioneros aliados que eligió tomar e incluso protegió indirectamente asentamientos judíos al no permitirles a las fuerzas de las SS tomar control sobre los mismos.

¿Es posible que un sujeto que acceda a su agresividad sea menos terrible, más humano, que uno que la desconoce? Si fuera así ¿no deberíamos los profesionales de la salud mental reconocer los aspectos 'antisociales', promoviendo que encuentren su lugar y resistiendo el peso aplastante de las ilusiones que promueven los efectos devastadores del

desconocimiento? Creemos que estas preguntas pueden abrir y potenciar nuevas investigaciones e interrogantes.

Parfraseando a Dostoyevsky (2006), si los seres humanos lograrán construir una sociedad perfectamente equitativa, justa y pacífica no tardarían ni dos días en destruirla, desesperados por experimentar un poco de caos. Los humanos no somos seres de paz y armonía, somos seres de aventura. Y Freud defendió esa colina hasta las últimas consecuencias, por lo que nos comprometemos a seguir trabajando en pos de esa defensa.

Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (2003). *Eichman en Jerusalem*. Barcelona: Lumen
- Bleichmar, S. (2007). *Dolor País y después...*. Buenos Aires :Libros del Zorzal.
- Dostoyevski, F. (2006). *Memorias del subsuelo*. Madrid: Alianza.
- Durkheim, É. (2013). *La división del trabajo social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (1979). Tres ensayos de una teoría sexual. En *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. VII, pp. 109-224). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1991a). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En: *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol XII., pp.145-158). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1991b). Recordar, Repetir, Reelaborar. En: *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol XII., pp.145-158). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992a). El yo y el Ello. En: *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol XIX., pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992b). Introducción del narcisismo. En: *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. XIV, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992c). Psicología de las masas y análisis del yo. En: *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. XVIII., pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992d). Duelo y Melancolía. En: *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. XIV., pp. 235-258). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2008a). El malestar en la cultura. En: *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. XXI., pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2008b). El porvenir de una ilusión. En: *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol XXI., pp. 1-56). Buenos Aires: Amorrortu.
- Foucault, M. (1978) Homo Economicus. En: *Conferencias de Berkeley*, Universidad de California, Berkeley.